

Alfonso Reyes, viajero

Moisés González Navarro
Profesor-investigador emérito de
El Colegio de México

El joven Alfonso Reyes escribió que el Porfiriato (“pintoresca palabra”) o antiguo régimen venía dando síntomas de caducidad y había durado “más allá de lo que la naturaleza parecía consentir”. En opinión de Reyes, el miedo al contagio y un “concepto estático de la patria” hacían ignorar la tormenta que se avecinaba; “creíamos o se nos quería hacer creer, que hay hombres inmortales, en cuyas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo”.¹ En efecto, el estallido de la Revolución sorprendió a muchos miembros de la clase dominante.

El fracaso de Bernardo Reyes en el asalto al Palacio Nacional, en 1913, obligó a sus hijos Rodolfo y Alfonso a emigrar a Europa. El joven Alfonso Reyes, ya enrolado en el servicio exterior al estallar la primera guerra mundial propuso a las demás legaciones hispanoamericanas que viajaran conjuntamente a la frontera española; en cumplimiento de ese plan todos los días se añadía un vagón americano a la cola del expreso español. Reyes y su esposa sufrieron mucho para alojarse en Burdeos por el gentío que se refugió en esa ciudad y los precios “criminales” de las habitaciones; afortuna-

¹ Reyes, *El pasado inmediato y otros ensayos*, 1941, pp. 58, 8 y 32.

damente el vicecónsul Contreras les consiguió una buhardilla; había tanta gente que era preciso hacer largas colas para entrar a los restaurantes. Por temor al espionaje, Mauricio Barrés fue aprehendido por un bordóles a quien preguntó por una calle porque no hablaba el francés como en Burdeos; la policía se disculpó al liberarlo “entre la rechifla general”. Don Alfonso presenció la llegada del fugitivo gobierno de París a Burdeos en 1914 y cinco años después la alegría de la victoria. Soldados y estudiantes americanos participaron en esa celebración, convencidos de que no todos los franceses eran ligeros, del mismo modo que los galos aprendieron que no todos los americanos eran acróbatas. Reyes comprobó que en Burdeos casi todos entienden el español, pues cuando Azorín y él hablaban en francés en los mercados, las mujeres les contestaban en correcto castellano.² México salió del aislamiento en que vivió en la primera guerra mundial con un “airecillo de altanería” que, afortunadamente, duró poco pero que no ha dejado de estimular una “discolería nacionalista”,³ acota Reyes.

En España saludó a algunos mexicanos exiliados. Pablo Macedo le confesó un día en Madrid que los mexicanos habíamos vivido muy engañados sobre el verdadero valor de España.⁴ Reyes supo valorar a las madrileñas; todas, rudas o finas, eran hermosas, acaso con la excepción de las empleadas en una taberna para soldados. Como buen regiomontano recordó las andanzas del padre Mier en Castilla, quien dio clases de literatura a la engreída nobleza. El regiomontano, reprochó al arqueólogo Gómez Moreno que vivía preso entre los muros del “dialecto castellano”, pero aquél se defendía argumentando que el mexicano le quería enseñar castellano a él, nativo de Toro. Así se enfrascaban en dimes y diretes, cuando Reyes decía “No más eso faltaba”, Gómez Moreno castizo y directo le reprochaba que no empleara la frase: “¡No faltaba más!”.⁵ El joven

² Reyes, *Las vísperas de España*, 1937, pp. 130 y 222-231.

³ Reyes, *Norte*, p. 7.

⁴ Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, 1941, p. 31

⁵ Reyes, *Las vísperas*, pp. 51, 98 y 102.

Alfonso se desquita aludiendo a los tópicos de los cafés madrileños, en los que durante varias horas se hacían vagas alusiones a una realidad que escapaba a la mente misma.

Una tenuísima corriente de evocaciones pasa cosquilleando el espíritu. No se define nada. Precisar, duele... ¡Oh, voluptuosidad. Rueda, por las terrazas de Alcalá! calle arriba, allá abajo un vago rumor de almas en limbo.⁶

Reyes disfrutó de la compañía de Ramón del Valle Inclán en el café Regina y fue testigo de la ternura y de la aspereza de las madres madrileñas con sus hijos, y también de la corte de los milagros madrileña: guitarristas, cantadores, recitadores, implorantes, salmistas y maldicientes; unos se hacían acompañar de mujeres, otros de niños y otros más de perros. Remata con una paradoja: el mendigo español se vestía de mendigo. Una horda de carne seca y de harapos vociferando y alzando los puños, no sabían si para amenazar o para pedir, se les acercó amenazadoramente en San Esteban del Castillo; para su fortuna la sacristana del lugar los salvó haciéndolos entrar por una puerta y salir por otra, pero todavía los siguieron “unas cuantas mujeres con la cría a cuestras y los senos desnudos”.⁷

La polémica latinos *versus* sajones la sintió muy cerca en España; por ejemplo, un agricultor andaluz rechazó que los latinos fueran mutilados porque la luz del sol no baña a la vez toda la Tierra: “Que hoy estemos así. Qué más da, si por nosotros pasó la luz y ha de volver”. Cuando ese agricultor le preguntó si los hispanoamericanos creían en España, le respondió que los de su edad ya todos creían en España; él antes de visitarla creía en la grandeza de su pasado, ya estando en España creía en su presente y en su porvenir. La lucha de clases asoma en la respuesta de ese agricultor: sólo tenía un revólver frente a 40 de sus trabajadores, y éstos pretendían no sólo ventajas justas sino aniquilar sus bienes. Maura era incapaz

⁶ Reyes, “Calendario”, en *Obras completas*, vol. II, p. 278.

⁷ Reyes, *Las Vísperas*, pp. 8, 15-16, 18, 22, 28, 49 y 99.

de resolver esos problemas. En Sevilla descansó de la gritería de Madrid y de la bufonada que confundían con la gracia andaluza, “fuerza ligera, libélula de color, querubín del alma”. El americano, al llegar a Sevilla, sentía que había llegado a la puerta del mundo. En el hampa sevillana se reclutaron marineros y soldados que conquistaron y colonizaron el Nuevo Mundo: “¡Hasta los patios y naranjas de Sevilla me recuerdan mi casa de Monterrey!” Consignó que a los gitanos los llamaban “egicios”, y mucho llamó su atención un verdadero Cristo suave, rubio, dulcísimo, a quien no herían los clavos de la cruz, y que parecía flotar sobre las olas, que iba a “lanzarse del madero; en un vuelo de vaivenes líricos”.⁸

El país vasco era otro mundo. Mes y medio disfrutó la estación veraniega en San Sebastián a partir de septiembre de 1914. Ahí platicó con Pablo Martínez del Río y compartió con Ángel Zárraga horas “atléticas”. En compañía de este pintor viajó en ferrocarril, en tercera clase, entre la servidumbre de las clases ricas que retornaban del veraneo, y no faltó mozo que le enseñara las piernas de una chica dormida y que guiñándole el ojo le dijera: “¡menos mal que hay cine!”, chiste rudo y grosera bondad, comenta. En el tren de Santander a San Sebastián les preguntaban lacónicamente: “¿De fueras de España?” Cuando respondían que procedían de Madrid les preguntaban por las marquesas. La muchacha de una fonda les ofreció “jamón y paño”, así “anda ya el español por estas tierras, a trastazos con el vascuence”. Le sorprendió que la Guadalupeana de México tuviera una capilla en Santa Ana. Por otra parte les desagradó la visita a un taller porque los obreros (por el abuso del vascuence y las juergas dominicales facilitadas por la proximidad de la frontera) habían perdido el don de expresarse y querían que “con gestos, contorsiones del cuerpo y vagos mugidos” entendieran la fabricación de escopetas y pistolas. Delicado, Reyes se molestó porque estos hombrones rudos no supieran distinguir el tenedor para la fruta del tenedor para carne. Los hombres viejos y fuertes, vestían

⁸ *Ibid*, pp. 143-148 y 207.

trajes negros y boinas azules, las mujeronas, feas, gordas, comelonas y viejas, vestían de manera igualmente insípida; contrastaban sus pendientes de piedras riquísimas “con sus zapatos torcidos y de tacón bajo y con sus peinados innobles”. Los muchachos eran “unos becerros entre atontados y rabiosos”; él escuchaba “siempre con recogimiento y temor” su lengua que suena a disparate sagrado. Sorprendido averiguó que esos mal vestidos y mal lavados habían abandonado el balneario en espléndidos autos propios. En fin, Azorín le preguntó si ya conocía el balneario Zaldívar, “*lugar codiciado para hombre casado*”. (Las cursivas son de Alfonso Reyes).⁹

El joven diplomático y literato Alfonso Reyes tachó a quienes deseaban atraer orientales a México de “snobismo literario” o de vagas generalidades antropológicas (pómulos salientes y ojos oblicuos), quienes se apoyaban en la eterna historia del chino y del indio que en un día se entendieron hablando cada uno su propia lengua. Esas personas olvidaban que los orientales sólo contaban en el mundo actual en la medida en que habían logrado “desorientalizarse”, sustituyendo las pasividades budistas y la no resistencia al mal “por el victorioso optimismo activo y creador del Mediterráneo y de Occidente”. Al entonces parisiense Reyes le parecía increíble que por una mera manía basada en libros norteamericanos algunos pensarán en la conveniencia de la cruzada del semisueño en que vivían ciertos autóctonos mexicanos con otra modorra semejante: “¡Sobre el pulque y la melancolía -por si eran poco-, el opio y el nirvana!”, escribe con palabras que recuerdan el racismo porfirista. Sin embargo el joven Reyes no era eurocentrista; con buen ojo distingue la migración española golondrina a Cuba al compás de la zafra, de la inmigración a México donde los españoles venían en calidad de sargentos a:

[...] buscar al grupo de indios a quien mandar y gobernar en el campo y en el real minero. Aislados esos sargentos arraigaban en su localidad,

⁹ *Ibid*, pp. 132-133 y 167-168.

donde pronto con su tesón y su virtud de ahorro se convertía en personaje de cierto peso pero que a cada rato invocaba su calidad de extranjero, que en la realidad de las cosas había dejado de corresponderle.¹⁰

Cuando Alfonso Reyes escribió sobre la inmigración francesa todavía se sabía poco de San Rafael, Veracruz, (en cierta forma don Alfonso sabía más de Francia que de México). Aunque a causa del éxodo rural Francia necesitaba atraer con urgencia agricultores, el Estado francés había intentado responder a esa necesidad con un laberinto de decretos particulares. México tenía como vecino a Estados Unidos, país de inmigración, potencia “algo invasora” dice Reyes con piadoso eufemismo. Nuestro país debía robustecer en su población blanca un sentimiento de equidad y de respeto a la dignidad humana del indio, estimularle su apego a los bienes terrenos; la educación, por otra parte, podía corregir estos escollos en un siglo, pero una inmigración intensa podría ayudar a disolverlos “con relativa rapidez”.

Se refirió a las ya mencionadas semejanzas con los chinos, y a que otros, por afición a la disciplina militar o por mera aversión a Francia, pedían una mezcla germánica; otros más por novedad querían húngaros, polacos o checos. En fin, algunos pensaban en el ejemplo fecundo, “aunque no sin peligros”, de los italianos en Nueva York o en Argentina. Pocos deseaban la mezcla española que, pese a algunos errores, había producido “repúblicas y pueblos capaces de vida autonómica y civilizada”. Otros por un nacionalismo extremo rechazaban toda mezcla extranjera como una perversión. Reyes no estaba convencido de las facilidades que daba Francia a la docencia de profesores extranjeros, en realidad, nunca se habían autorizado escuelas privadas extranjeras por el temor a crear minorías étnicas inasimilables. Este problema, en nuestro país, referido a los españoles era grave por el individualismo español y por su

¹⁰ Reyes, *La inmigración en Francia* (1927), 1947, pp 7, 10 y 32.

dispersión en México, cuestión también ya aludida. Recordó que Charles Maurras denunció la influencia del meteco en la literatura y en las artes en Francia: “París mismo apenas comienza a sentirse, después de la guerra, una capital cosmopolita”.¹¹

En 1939 con un grupo de intelectuales y artistas, se fundó la Casa de España en México. El primero en pensar en esta casa fue Daniel Cosío Villegas, quien compartió esta responsabilidad con Alfonso Reyes, presidente de esta benemérita institución.

Por otra parte, según Alfonso Reyes los alemanes sólo se ocupaban de la industria pesada y los franceses de la suntuaria; los ingleses sólo enviaban su dinero pero ellos mismos no venían, y los norteamericanos (gerentes o turistas) no convivían con el pueblo. Los rudos españoles, en cambio, se convertían en pequeños caciques y aun tomaban parte en aventuras revolucionarias, pero si perdían se acordaban de que eran extranjeros y reclamaban ayuda por la vía diplomática. La solución era reconocer que constituían “una nacionalidad intermedia, crepuscular”. Al fin y al cabo si América existía era porque había habido españoles que al venir habían quemado sus naves quedándose para siempre aquí:

Esta incómoda y activa masa de embriones -inmigración bárbara en cierto modo, pero orgullosa de su ascendencia que un día dominó el mundo- no es ya España, no es todavía América: es el último envío de sangre de la conquista.¹²

Alfonso Reyes dejó amplio testimonio de su estancia en París. Es significativo que muchos escritores hispanoamericanos se conocieran en la capital de Francia, no en sus respectivos países. En esta ciudad, Leopoldo Lugones y Rubén Darío tuvieron frecuente trato.¹³ El argentino dijo a Alfonso Reyes en 1913 que México era casi europeo porque era un país con tradiciones, tenía cuentas históri-

¹¹ Reyes, *La inmigración en Francia* (1927), en *Archivo de...*, 1947, pp. 5-11, 18 y 30-32.

¹² Reyes, *Los siete sobre Deva. Sueño de una tarde de agosto*, pp. 24.25.

¹³ Cabrera de Tablada, *José Juan Tablada en la intimidad*, 1954, p. 85.

cas que liquidar y podía *jouer a l'autochtone* con los indios; en fin, era un pueblo vuelto de espaldas. Argentina, en cambio, miraba al porvenir, al igual que Estados Unidos y Australia, pueblos sin historia, cuenta Reyes que Keyserling, pese a reconocer su poco conocimiento sobre México, encontraba la principal diferencia entre Argentina y México en que nuestro país era melodramático, es decir, exagerado; don Alfonso entonces acota lo obvio: la letra de los tangos “deja muy poco que desear en materia de melodrama”, si bien tenían un dudoso valor como documento histórico. Trece años después, al recordar esa conversación Reyes comentó que, al parecer, los argentinos llevaban en todos sus actos, por insignificantes que fueran, “una secreta y arrogante consigna nacional”.¹⁴ Ramos Martínez asombró a París con cuadros pintados por niños de ocho a 15 años, y Picasso mismo retrasó un viaje para conocerlos. Algunos dudaron que fueran obra de tan pequeños artistas, pero según Alfonso Reyes aun si eran obra de cuarentones era “una exposición admirable y desconcertante”. Cuando alguien preguntó cómo mantendría el gobierno mexicano a tantos pintores, Reyes contestó: “Hacer revoluciones. Tolondrones a los preguntones”.¹⁵

Alfonso Reyes, tan justamente elogiado por Vasconcelos, y en general sereno, caracterizó a Francia como un país más campesino que comercial, más artista y artesanal que industrial, y no omitió el mal chiste que comparaba a Francia con el queso holandés: “rojo por fuera, blanco por dentro”. En realidad, a quienes habían vivido en Francia les constaba su “perfecto equilibrio entre la ‘soofrosyneé’ griega y las romanas ‘gravitas’, ‘pietas’ y la ‘constantia’; entre la curiosidad intelectual del humanista y la fe católica, entre la profunda lealtad familiar y el sólido individualismo”. A los ojos extranjeros parecían confusos los hilos de la política francesa porque cada pequeño grupo económico y social tenía su partido y ninguno podía aspirar a la mayoría parlamentaria. Alfonso Reyes (tan republicano

¹⁴ Reyes, *Norte y Sur (1925-1942)*, 1944, pp. 31, 33-34 y 38.

¹⁵ *Ibid*, pp. 25-27 .

como su hermano Rodolfo) se burla de la “popularidad boba” de que entonces gozaban las testas coronadas en las repúblicas extranjeras. También recoge las burlas al embajador soviético porque paseaba en París en un lujoso auto y todas las noches, de frac, iba a los más afamados restaurantes, por éstas y otras razones no lo llamaban Krassine sino “Aristo-Krassine”.¹⁶

Según Alfonso Reyes, el pueblo español recibió con “anormal indiferencia” la derrota de 1898; España olvidaba sus penas en las corridas de toros. Veintitrés años después, en cambio, la gente pedía el castigo a los delincuentes de Melilla. Reyes, igual que otros mexicanos consideró que si Cataluña se separaba se convertiría en la “más débil nacioncilla” del mundo. ¿A quién si no a España, iban a vender sus telas de Tarrasa? En septiembre de 1923 se hablaba de alianza de tres nuevas naciones: Cataluña, Vasconia y el Rif; ese trío consideraba al castellano “la lengua del opresor”.¹⁷

Tal vez lo más perdurable del paso de la delegación de México por Río de Janeiro en 1922 fue la donación de una estatua de Cuauhtémoc. Un miembro del Partido Socialista Argentino consideró una “gaffe” ese obsequio porque nadie sabía “quién” es el indio ese, argumentando que “ni en Argentina ni en Brasil había indios”, en este último país había sólo negros; evidentemente nada de eso venía a cuento, pues se trataba de un héroe mexicano. Corrobora el racismo de ese socialista argentino su reproche al gobierno mexicano por hacerse representar “con un símbolo que no tiene resonancias en el resto de América latina”.¹⁸ Alfonso Reyes criticó el “rincón sombrío” en que se colocó la estatua, refugio de enamorados, pero tomó las cosas con buen humor: el altivo indio, viendo fijamente a las parejas, les decía: “Quietos muchachos, que allá va’ el golpe”. Por razones que Reyes no explica se creó la superstición de que dando tres

¹⁶ Reyes, *Crónica de Francia (enero a abril de 1925)*, 1947, pp. 6,8, 11 y 58-59.

¹⁷ Reyes, *Momentos de España. Memorias políticas (1920-1923)*, 947, pp. 31, 35-36 y 35-55.

¹⁸ Vasconcelos, *El Desastre*, pp. 178-179.

vueltas en torno al monumento haciéndole una pequeña reverencia se conjuraban los peligros. Supersticiones y bromas aparte, los actos mexicanos del zócalo de ese monumento eran un “aderezo vegetal apropiado” para ese “carioca honorario”.¹⁹

Años después varios intelectuales españoles preguntaron a Chávez Camacho por algunos de sus colegas mexicanos. El sabio Ramón Menéndez Pidal le preguntó con vivo interés por la salud de Alfonso Reyes. Cuando Chávez Camacho le preguntó a Ortega y Gasset qué le había hecho Alfonso Reyes respondió que “nada concreto ni personal. Pero ha hecho tal porción de tonterías... -¿Como cuáles maestro? -Gesticillos de aldea- dijo con ademán de disgusto y desprecio”. Ortega y Gasset no explicó esos gesticillos. En cambio, Jules Romaines no olvidaba México, donde se refugió en la segunda guerra mundial; recordaba con afecto a sus amigos mexicanos, en primer término a Alfonso Reyes.

¹⁹ Reyes, *Norte y sur (1925-1942)*, 1944, pp. 79-80 y 116.